

Ortega y Gasset y nuestro tiempo

-por Máximo Lameiro-

*"Todo en el mundo es extraño y es maravilloso
para unas pupilas bien abiertas"*
Ortega y Gasset

Sin duda don José Ortega y Gasset (1883 – 1955) era un pensador lúcido y un observador penetrante. Además escribía en un español claro y elegante que proporciona una satisfacción accesoria al leerlo. Preocupado ante todo por el mundo, y no mucho por el "más allá" del cual sin embargo da muestras de tener una vislumbre, se interesaba no sólo por los grandes temas de su tiempo sino también por lo cotidiano y lo aparentemente trivial.

No leíamos a este autor desde hacía mucho tiempo, varias décadas, y de hecho no recordábamos casi nada de sus ideas. Y ahora, al volver sobre sus textos, nos ha sorprendido, entre otras cosas, su capacidad para extraer de lo más nimio implicaciones tan interesantes como las que surgen en sus análisis de los temas importantes.

Así, por ejemplo, en cierto momento de su primer libro, *Meditaciones del Quijote (1914)*, plantea la siguiente pregunta:

"¿Qué color vemos cuando vemos un color desteñado?".

Y enseguida contesta:

"El azul que tenemos delante lo vemos como habiendo sido otro azul más intenso y este mirar el color actual con el pasado, a través del que fue, es una visión activa que no existe para un espejo, es una idea."

De ese modo, a partir de un asunto en apariencia irrisorio, Ortega pone al lector frente a una cuestión de suma importancia: la idealidad de nuestra percepción inmediata de las cosas. Pues, si percibimos el azul que fue en el azul desteñado que tenemos delante, es porque lo que percibimos está atravesado por el sentido.

El pensar, el lenguaje, la cultura, y nuestra propia historia, mediatizan y configuran lo que percibimos con nuestros sentidos físicos. Y lo mismo sucede con todo lo que experimentamos a diario aunque no medie ninguna toma de conciencia ni reflexión sobre ello.

Pero en Ortega esa idealidad o significatividad del mundo no constituye un sentido definido y cerrado, como si el mundo tuviera ya desde siempre y para siempre sus determinaciones constantes, sino ante todo una posibilidad de sentido. Según nuestro autor, tras las cosas percibidas no hay un mundo de esencias eternas e inmutables sino un *logos* abierto y en estado de disponibilidad para la conciencia y el quehacer humano.

Por eso, a nuestro juicio, en su teoría de la circunstancia, resumida en su famosa frase "*yo soy yo y mis circunstancias*", el filósofo no buscaba tanto señalar que las circunstancias condicionan al yo (lo cual es obvio si por "yo" se entiende el individuo empírico) sino que las circunstancias esconden un potencial de sentido que es inseparable de la propia existencia.

Dicho sea de paso, Ortega, a diferencia de varios filósofos anteriores, contemporáneos y posteriores a él, no estaba cerrado a la experiencia de lo sagrado. Ya que en el mismo contexto en el cual enuncia su famosa frase sobre el yo y las circunstancias, también dice:

"no hay cosa en el orbe por donde no pase algún nervio divino: la dificultad estriba en llegar hasta él y hacer que se contraiga"

Ahora bien, si de nuestra parte tuviéramos que precisar qué aspectos de su obra nos resultan particularmente oportunos para ser releídos, revalorizados y reinterpretados en nuestra propia época, nos remitiríamos ante todo a dos: **el perspectivismo y la noción de "hombre-masa"**.

Respecto a la masa, y antes de entrar en tema, cabe recordar que Ortega no la identifica con una clase social determinada sino con un tipo humano. Por eso no sólo el hombre promedio sino también los científicos y profesionales, que en su época formaban parte de los estratos más acomodados e instruidos de la sociedad, entran en su caracterización del hombre masa.

Su concepción sobre las masas (en *La rebelión de las masas*) tiene, por un lado, un fuerte sesgo ligado a la época en que fue escrito (se inició en 1926 y fue publicado en entregas periódicas), pero, por otro lado, describe con claridad ciertas características que aparecen también en el hombre actual.

Entre esas características se encuentra, por ejemplo, la indolencia de ese tipo humano -la masa- para con el esfuerzo histórico que la precedió y que hizo posible su existencia tal como la vive día a día. Al respecto decía Ortega:

"Ningún ser humano agradece a otro el aire que respira, porque el aire no ha sido fabricado por nadie: pertenece al conjunto de lo que «está ahí», de lo que decimos «es natural», porque no falta. Estas masas

mimadas son lo bastante poco inteligentes para creer que esa organización material y social, puesta a su disposición como el aire, es de su mismo origen, ya que tampoco falla, al parecer, y es casi tan perfecta como la natural"

La vigencia hoy de ese modo de ser y de comprender el mundo es innegable. De nuestra parte diríamos que incluso se ha exacerbado. Y la vemos especialmente agudizada en el ámbito intelectual (nos referimos a europeos y americanos del norte y de hispano América, no al Asia y al Medio Oriente). Pues muchas de las obras que se tienen por culturalmente significativas del siglo XX y lo que va del XXI, están marcadas por el *desencanto y la suspicacia*.

Precisamente un rasgo típico del intelectual desencantado es que el mundo libre sobre el cual tiene apoyados sus pies, y al cual le debe la posibilidad misma de su protesta, le parece mucho más digno de crítica y ataque que de elogio y defensa. Sea desde el nihilismo, la izquierda o el tradicionalismo, ese tipo humano está siempre predispuesto a acoger con interés y simpatía cualquier cosa, a despecho de lo absurda o destructiva que sea, que le suene contraria al *establishment*.

Así, el intelectual occidental contemporáneo no sólo ha perdido la capacidad de asombro –expresada bellamente por Ortega en la cita del epígrafe- sino también la conciencia de que el sistema al que continuamente demoniza es una conquista del espíritu alcanzada después de largos esfuerzos y penosas luchas. Por supuesto mientras tanto, esa “alma bella” afectada de una profunda hipocresía, no está dispuesta a renunciar a los beneficios de dicho sistema, entre los cuales se cuenta, irónicamente, la libertad de pensamiento y de crítica.

Otra característica del hombre masa resaltada por Ortega es su falta de auténtica individualidad. Lo definía como "*el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico*". Es decir, el hombre masa no vive a partir de su mismidad, de su ser más propio y esencial, sino a partir de las sugerencias del medio. Es un ser colectivizado. Y esa colectivización no asume necesariamente la forma de una hegemonía totalitaria, como sucedió en los proyectos -felizmente fracasados- del comunismo y el nazismo, sino que caracteriza también a la mentalidad general de las democracias liberales.

Pues bien, todo indica que desde que Ortega escribió su trabajo hasta ahora, los medios de comunicación masiva han potenciado esa tendencia. Y hoy en día son especialmente las redes sociales las que continúan el trabajo de colectivización de las percepciones, ideas, valores y emociones de la gente. Esto es fácil de constatar: si se toma alguno de los estereotipos característicos de la cultura de masas y se observa su desempeño en las redes sociales, se podrá

comprobar sin dificultad que el estereotipo se propaga en todas las direcciones y aumentando su difusión en progresión geométrica. Así, *las redes sociales viralizan el prejuicio y los estereotipos culturales masivos*.

Tomemos como ejemplo el igualitarismo: la idea de igualdad entre los hombres, una idea moderna al menos en su aspecto social, es parte hoy de la conciencia general en todo el mundo occidental. Pero la masificación la ha convertido en un puro estereotipo, cargado de una gran fuerza emocional, que se propaga mecánicamente sin reflexión alguna. Igualdad ya no quiere decir justicia o respeto de la esencial dignidad humana sino simplemente nivelación a toda costa.

De ahí resulta una tendencia a la solidaridad, puramente emotiva, para con todo aquél que se percibe como carenciado en algún aspecto. Si se nos permite la ironía, diríamos que hoy por hoy en las redes sociales si alguien es hombre, heterosexual, tiene la piel clara, ha accedido a una educación superior, y además tiene trabajo, esposa e hijos, resulta más o menos indiferente. Pero si es mujer u homosexual, tiene la piel oscura, proviene de la clase baja, está desempleado, y sufre alguna disfunción física o mental, entonces es una criatura amorosa a los ojos de todos. El carácter sensiblero y estereotipado de esa solidaridad es evidente, y no tiene nada que ver con un auténtico reclamo de justicia.

Cabe aclarar que al decir esto no pretendemos desprestigiar de ningún modo a las personas reales que caen bajo el paraguas del estereotipo igualitarista. Nuestra ironía apunta al estereotipo en sí. No estamos menoscabando a nadie, ni negando los derechos de ninguna minoría o mayoría, sino sólo señalando la *función activa de viralización de estereotipos masivos que cumplen las redes sociales*. Tampoco estamos afirmando que esa sea la única función que cumplen dichas redes.

Pero, bien, evocando una expresión del propio Ortega "*dejemos estar este tema*" y volvamos a su obra. Como decíamos más arriba otro aspecto de la misma que nos parece muy relevante hoy es su epistemología. El llamado **perspectivismo**.

Respecto al perspectivismo, lo que nos parece interesante de su planteo es que no se trata de un mero relativismo. El perspectivismo de Ortega no dice sólo que todo conocimiento de la realidad es relativo sino que *la perspectiva es inherente a la realidad*.

Así, lo real es siempre real con respecto a un modo de conciencia. O dicho de otro modo, una realidad -cualquiera que sea- supone siempre un tipo de conciencia concomitante a la misma. De modo que en su epistemología la realidad no es un "en sí" separado de los sujetos pero tampoco es una

construcción puramente subjetiva. La realidad es aquello que se manifiesta en y por la perspectiva. En palabras de su libro *El Tema de nuestro tiempo*:

"La realidad cósmica es tal, que sólo puede ser vista bajo una determinada perspectiva. La perspectiva es uno de los componentes de la realidad. Lejos de ser su deformación es su organización"

Y la diferencia de perspectivas no anula la verdad de las mismas sino que sólo las libera de la unilateralidad. Es decir, corrige la pretensión de cada una de ellas de ser la única y absoluta verdad. Para el hombre, en tanto ser siempre situado en una perspectiva, dice Ortega, no hay punto de vista absoluto porque éste sólo pertenece a Dios.

Asociado a eso, decía:

"El error inveterado consistía en suponer que la realidad tenía por sí misma e independientemente del punto de vista que sobre ella se tomara una fisonomía propia. Pensando así, claro está, toda visión de ella desde un punto determinado no coincidiría con ese su aspecto absoluto y, por tanto, sería falsa. Pero es el caso que la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas."

Entonces, el perspectivismo corrige también la des-realización, y en definitiva el nihilismo, a que conduce el relativismo ingenuo. Pues la perspectiva no es una mera ilusión sino aquello por lo cual *aparece* un aspecto de lo real. Decía el filósofo:

"La apariencia es una cualidad objetiva de lo real, es su respuesta a un sujeto"

De modo que dentro de este horizonte de comprensión cada perspectiva humana -si es una perspectiva vital y cognitiva, no un mero capricho- es verdadera respecto a lo que ella desvela (el aspecto de la realidad que por ella se manifiesta), y falsa en lo que tiene de unilateral y dogmático. Pues esa unilateralidad dogmática cierra el camino a otras perspectivas posibles, y así obtura lo que éstas podrían eventualmente manifestar.

Dicho sea de paso, una comparación de estas ideas orteguianas con el pensamiento budista y la gnosis islámica, en las cuales el mundo es *presencia* y no sustancia, podría arrojar, tal vez, resultados interesantes.

Como sea, entendemos que el perspectivismo de Ortega es un buen antídoto contra el nihilismo que domina la cultura post moderna. Decimos que "domina la cultura" con ese grado de generalidad, porque el nihilismo no es sólo una posición filosófica explícita sino también, y ante todo, un estado de conciencia o un modo de comprender el mundo. Un modo de comprender que tiende a

infestarlo todo. Y lo que el nihilismo pretende finalmente, sea a sabiendas o inadvertidamente, es *destruir todo sentido de orientación*. El perspectivismo, en cambio, abre un espacio de posibilidad en el cual diversas orientaciones pueden tener lugar y complementarse.

Para terminar quisiéramos mencionar la diferencia que Ortega traza entre *hablar y decir*. Según este autor el hablar -no importa cuáles sean sus tópicos- es colectivo y exterior. Mientras que el decir -también más allá de sus tópicos aparentes- surge de la mismidad; y por eso siempre es, de uno u otro modo, relevante. De hecho se puede decir mucho sin hablar, como en la música y las artes plásticas, y se puede hablar mucho sin decir nada, como en gran parte de lo que se expresa día a día en la cultura de masas.

Pues bien, en este mundo global y extremadamente *hablador* en el que vivimos hoy, consideramos que este viejo y lúcido pensador de nuestra lengua tiene todavía varias cosas interesantes que *decirnos*...

Máximo Lameiro
Diciembre 24, 2015
Osaka, Japón

Nota: este artículo fue publicado originalmente en forma de post, en el blog *Espíritu y Cuerpo* (<http://esprituycuerpo.blogspot.jp/>). Aquí lo volvemos a presentar con ligeras modificaciones de estilo y un mínimo cambio en el contenido.

Referencias:

Meditaciones del Quijote, La rebelión de las masas, El tema de nuestro tiempo, todos libros de Ortega y Gasset. El interesado no tendrá dificultades para encontrarlos, e incluso puede descargarlos de Internet en versiones digitales gratuitas.

